

# TIERRA Y LIBERTAD

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Calle de Tallers, núm. 16, 2.º

Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta

## Ni batalla ni triunfo

Ley que conquistó la sangre de los nuestros, y es menoscuada como la del sufragio, merece ser caduca, por no ir a ejercerla, y hacerla respetable con la papeleta y el mauser.

Luis Zurdo Olivares. (El Progreso)

Como si en la próxima contienda electoral, las agrupaciones llamadas solidaria y antisolidaria constituyeran el resumen de todas las fuerzas reaccionarias ó progresivas de la humanidad, Zurdo Olivares quiere que todos los trabajadores tomemos parte en ella, no como tales trabajadores con programa propio, sino como partidarios de lo que él cree ahora lo mejor, á cuyo frente, si no hemos entendido mal, hay un hombre cuyo amor al pueblo se conocerá, á no tardar, con datos ciertos.

De no hacerlo así, ¡ay! nuestros males no tendrán remedio y ¡ay! nuestros lamentos serán mercedos y despreciables.

¡Lástima que las elecciones no se retrasaran algún tiempo más, siquiera hasta ver esos datos que nos promete el amigo Zurdo! Entoces sí que, con la promesa convertida en realidad, podríamos, seguros y confiados, «con el voto en la siniestra y el fusil en la diestra,» ir á hacer todo eso que nuestro compañero y concejal nos pide.

Como podríamos dejar el fusil en la armería, porque, bien mirado, si con el voto basta, ¿á qué llevar ese instrumento en una mano, teniendo la otra ocupada, cuando para su manejo se necesitan dos manos y además la intención de matar?

Parécenos que el ambiente en que anda metido Zurdo desde que es concejal y presidente de juntas de Reformas sociales—algo diferente del en que antes vivía como luchador por las reivindicaciones de los obreros ferroviarios,—le ha hecho olvidar, lo que bien sabido tenía antes y es una verdad innegable, que la emancipación social de los trabajadores no ha de ser obra de un partido político, ni siquiera de un amante del pueblo, sino de los trabajadores mismos; y que tampoco es un problema local ni nacional. Fundamos nuestro parecer sencillamente en la incomparabilidad de esas verdades, intangibles y hoy por él olvidadas, con esas pretensiones expuestas de manera grandilocuente y magistral, aunque con lógica envejecida de aquella que necesita almidón, ballenas y colorette para conservar buena apariencia.

Tengan en cuenta los lectores de Zurdo que los obreros fieles á aquellos principios, no dogmáticos, sino axiomáticos de la Internacional, y al ideal emancipador, no son abstencionistas en política, son ácratas, niegan la política, porque el progreso no se hace por reales decretos ni por acuerdos tomados por mayoría en los Parlamentos, sino por acción y de causas naturales y por la acción y la influencia de los herejes, de los rebeldes, de los proscritos de todos los tiempos, y por añadidura de los que no votan.

Saben también esos que solicitan Zurdo, que le oyen ahora como quien oye llover, y que antes leían con agrado su periódico *La Acción Ferroviaria*, que no se salva la responsabilidad ni tampoco la complicidad del trabajador en los males sociales que le abruman con votar, aplaudir y confiar en un hombre extraordinario, aunque tenga más talento que Salomón, más conchas que Maquiavelo y más fuerzas que Sansón, sino estudiando, determinando racionalmente su voluntad y concertándose con otros coincidentes en las mismas circunstancias para ir consciente y resultantemente contra las causas y á la realización de sus aspiraciones.

En una palabra, no consideran á la autoridad ni á la ley como redentoras; saben—como lo saben todos los que piensan, como lo sabe el mismo Zurdo, y esperamos que así lo reconocerá y declarará el día menos pensado, pasadas las elecciones,—que si la ley, para serlo, ha de ser antes sancionada por autoridad competente y oficialmente publicada, los trabajadores no han de esperar su emancipación social de una ley publicada en la *Gaceta*, especie de pregón oficial donde á los trabajadores sólo se les anuncia periódicamente, y algunas veces por extraordinario, las leyes del presupuesto que han de pagar, del cupo de hombres con que han de contribuir á la formación del ejército, de las persecuciones y castigos que se les ha de imponer por sus rebeldías ó sus impaciencias, y otras por el estilo explotadoras y deprimentes.

«El pueblo papeleta en mano...» ¡vaya una frasecita que da en lo vivo!... se percibe de que no ha disminuido el número de los que en 1902 se cruzaron de brazos en general huelga... ¡Alto ahí. Sr. Zurdo Olivares! ese número no es el de entonces; hay que restar de él los componentes obreros del de votantes de la solidaridad y de la insolidaridad; de usted mismo, ya que, con franqueza lo declara, antes era refractario con la mayoría de los trabajadores, á la lucha electoral, y lo era porque pensaba de diferente modo que ahora, y con esa resta, que ha abandonado las sociedades obreras para convertirse en ocajonista y votante, no se va á la huelga general, sino al redil político, donde toda virtud se reduce á la disciplina,

que impone el pastor dominante y los pastorcillos y zagales que siguen al mayoral hasta que pueden birlarle el puesto.

En mala hora viene Zurdo con su propaganda por el voto de su república adscrita (única posible en España según asegura, que no es poco asegurar), ahora que los radicales están en el poder en la República francesa, conservando como oro en paño sus leyes *scelerates*, y en la que ha sido posible y necesaria la huelga de los electricistas, contra la que el gobierno ha suministrado esquirols de tropa, y puede reproducirse, y aun agravarse, porque los que trabajan están ya hartos de que sus conciudadanos los privilegiados holgazanes les chupen la sangre como hacen sus colegas en cualquier monarquía.

Lo mejor que puede hacer Zurdo, y si no acepta el consejo que de balde le damos allá se las haya, es contentarse con los diez y nueve mil electores que tiene en la insolidaridad, sin buscar uno más en el campo de los conscientes que no votan, porque perderá el tiempo, y nuestras réplicas pueden ocasionarle algún descarrío de los de su redil, ya que aunque electores tienen inteligencia, y si está dormida puede despertarse á tiempo y dar un mico al candidato de más campañillas.

Antes que se nos olvide: el parañito que ponemos á la cabeza en letra pequeña y que Zurdo pone al final de su artículo «¡A la batalla, al triunfo!» que contestamos, es lastimero que le haya dado á la imprenta donde se lee, se juzga y resulta disparatado; estaría mejor como final de un discurso en un mitin electoral, donde no se discula y sin asomo de réplica hubiera recibido una gran ovación; no ahora, que repugnará á más de cuatro ese galimatías de una cadena en que merecía convertirse una ley conquistada por la sangre de los nuestros, á causa de no haber ido á ejercerla y hacerla respetable con la papeleta y el mauser.

¡Ah! por la parte que nos toca de grata correspondencia, expresiones á ese enamorado del pueblo, que pronto se dará á conocer con datos ciertos, y que nos le figuremos como un Mesías del que Zurdo viene á ser una especie de Juan Bautista precursor.

Pero, ¿qué datos serán esos? La impaciencia y la inestabilidad nos abruman, nos quitan el sueño y el apetito, sin que por ello nos vengan ganas de votar. ¿Qué será?

## Ladrones, malhechores y moralistas

A semejanza del señor de la Edad Media, que desde lo alto de su almenada torre acechaba las caravanas de comerciantes para salir á su encuentro y despojarlas, el burgués moderno, protegido por la triple defensa del ejército, de la policía y de la magistratura, desbaja, á la sombra tutelar del Código, la inmensa multitud de productores de toda riqueza.

A pesar del 89 y de la proclamación de los Derechos del Hombre, la supresión de la esclavitud y la abolición de la servidumbre, la antigua división en clases antagónicas no ha hecho más que cambiar de forma.

El detritus de la antigua nobleza ha sido absorbido en la alta burguesía, para dejar subsistente en medio de nuestra civilización dos clases, los propietarios y los proletarios, que no puede tener de común más que la desconfianza y el odio recíproco.

Como si ninguna influencia social tuviera los maravillosos progresos de la ciencia y de la técnica, el trabajador del siglo XX continúa siendo el eterno hombre de pena que era su antecesor el siervo medioeval y el esclavo de la antigüedad, laborando, como en los tiempos pasados, en beneficio de una ínfima minoría de explotadores que el capitalismo ha transformado en hombres de goce, inútiles y perjudiciales.

Más instruido y consciente el obrero sufre moralmente mucho más que sus antepasados embrutecidos y resignados.

Aunque materialmente su situación se haya mejorado algo, no se ha elevado en proporción, no diremos de la capacidad productora de la sociedad, sino del rendimiento de su fuerza de trabajo.

Antes de la gran Revolución francesa, el hombre más rico de Francia, el duque de la Rochefoucauld, no poseía más que 16 millones. Hoy los millonarios abundan, y un Rockefeller ha podido reunir para sí solo 3.000 millones.

Según una reciente estadística del *Board of Inland Revenue*, resulta que en el Reino Unido (Inglaterra, Escocia é Irlanda):

1.º 6.500 personas gozan de una renta que varía de 126.100 frs. á 252.200 frs., representando en conjunto una renta total de más de 1.134 millones.

2.º 2.500 personas tienen una renta de 252.201 á 504.400 frs., que representan un total de más de 882 millones.

3.º 750 personas tienen una renta de 504.401 á 1.008.800 frs., equivalentes á más de 520 millones.

4.º Por último, 500 personas disponen de una

renta superior á 1.008.800 frs. ó sea un conjunto de 504 millones y pico.

La renta ánua total de esas 10.250 personas sube á más de 3.051 millones.

En *La Tribune de New-York*, M. Moffet ha formado un cuadro de las 5.000 mayores fortunas de los Estados Unidos de América, que establece que esos individuos poseen actualmente una suma equivalente poco más ó menos á la sexta parte de toda la riqueza nacional. Entre esas monstruosas fortunas hay:

10 que representan 10.000 millones de francos  
490 — 15.000 — —  
4.500 — 50.000 — —

Total de las 5.000 fortunas: 75.000 millones.

El señor feudal percibía el diezmo, es decir, el 10 por 100 sobre el trabajo de sus siervos; el capitalista, mucho más exigente, retiene de 40 á 80 por 100 sobre el producto íntegro del obrero.

El sistema de explotación capitalista se agrava aún por este hecho inaudito, que los salarios no aumentan sino en *razón inversa con relación á la producción*, y que los trabajadores no reciben en forma de jornal en los países de producción adelantada como los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia sino un 18,24 y 31 por 100 del valor que crean, mientras que en España, y en Rusia, países de menor producción relativa, el jornal sube á 33 y 49 por 100. De donde se sigue que no hay salvación posible para el proletariado con la organización económica actual y que para él la desaparición de ésta es una cuestión de vida ó muerte.

En presencia de esas demostraciones tan evidentes que saltan á la vista, la burguesía da prueba de una rara inconsciencia ó de un cinismo sin ejemplo cuando, poseída de indignación virtuosa declama, ella, la gran ladrona y asesina, contra los ladrones y malhechores, sin contar que los actos de esas gentes, por contrarios que sean á la solidaridad comunista y al ideal de una humanidad emancipada, son represalias merecidas contra una clase que sólo vive de explotación y cuya existencia se alimenta de los cadáveres de aquellos que han hecho su fortuna.

Los ladrones y asesinos por poco interesantes que sean, son víctimas del estado social y tienen en su favor el riesgo y el peligro á que los expone su triste oficio.

El burgués, por el contrario, opera legalmente, en toda seguridad, y su consideración aumenta en razón directa del arte que emplea en expliar y en despojar á los creadores de su riqueza y del fausto de que se rodea.

Pesam muy poco en la balanza de la imparcial justicia social las violaciones, robos y homicidios del lamentable grupo de mujeres que frecuenta el banquillo de los acusados, en comparación de las hecatombes humanas que, en los campos de batalla de la concurrencia capitalista y de su obra las guerras internacionales, amontonan los cadáveres y las ruinas.

La batalla de Leipzig causó en tres días 104.000 cadáveres; la de Gravelotte 64.000, y Sedan 47.000.

No hay bajo el firmamento nada más inmundo que la burguesía moralista: es un ser visual que atenta á la decencia pública y del cual hay que librarse á toda costa y por los medios más expeditivos.

La moral sobre que han vivido durante muchos siglos las generaciones de misticadores y explotadores, no es en último término más que la regla de vida tácitamente aceptada ó impuesta á los individuos de un ambiente dado, que se modifica constantemente con el mismo.

En el momento histórico á que hemos llegado no se trata ya de tal ó cual moral, simple fenómeno reflejo de la estructura económica de la sociedad, sino que ha de ser precisada de la manera siguiente:

¿Estás por los trabajadores, que producen todo, ó por los burgueses, los usurpadores que se apropian la producción de la plebe?

¿Estás por los trabajadores, que piden más salario y menos trabajo, ó por los patronos, cuyo interés exige de «sus» obreros más trabajo con menos paga?

¿Estás, sujeto todavía á la vieja ficción de la familia, por «el derecho» del padre y «el derecho» del marido, que viene por corolario la sumisión de Eva y la diésis fatal de los hijos, según el azar del nacimiento, en legítimos, naturales y duceños, ó por la libertad íntegra de la mujer, dueña de su cuerpo é igual al hombre?

He ahí el problema, el punto esencial del porvenir.

Para todo revolucionario consciente no hay, no puede haber más que un desideratum: el fin de los ladrones por la toma de posesión, poniéndola en común, de toda la riqueza social, fruto del trabajo colectivo, y la extinción de los moralistas, por el maticado, la libertad del amor y la socialización de la educación.

F. STACKELBERG

## El burgués del Evangelio

En el *Evangelio* de Mateo, capítulo XXV, versículos 14 á 27, se lee la siguiente parábola:

«El reino de los cielos es como un hombre que,

antes de emprender un largo viaje, llamó á sus siervos y les entregó sus bienes, y á unos dió cinco talentos, á otros dos y á otro uno. El primero ganó con ellos cinco más, el otro dos y el tercero escondió su talento (unas cinco mil pesetas) bajo tierra. Vino el Señor y les pidió cuentas, y el de los dos talentos y el que pidió diez, el de los dos, cuatro, y para ambos tuvo grandes elogios y esperanzas (una friolera, el ciento por ciento de ganancia); el tercero se expresó de este modo:—«Señor, yo te conocía que eras hombre duro, que siegas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste, y tuve miedo, y escondí tu dinero bajo tierra: aquí tienes lo que es tuyo.» El Señor le respondió: «Malo y negligente siervo, sabías que siego donde no sembré y que recojo donde no esparcí, por tanto, te convenía dar mi dinero á los banqueros y yo hubiera recogido lo que es mío con usura.»

Así es el reino de los cielos. Ya lo sabéis, vosotros que mediante el jornal estáis bajo la servidumbre de un señor, como dice Mateo, ó de un burgués, como se dice ahora; tomad los talentos que en forma de instrumentos de trabajo y primeras materias os entrega, duplicad su valor mientras él viaja, es decir, mientras se aparta del trabajo, y después os tocará amistosamente el hombro, os llamará buen muchacho y premió á la virtud.

No os inspiréis en vuestra propia dignidad, ni en el derecho que os asiste á la posesión del patrimonio universal creado por la naturaleza y por toda la humanidad, porque aunque devolváis íntegro el capital que se os confía incurriéis en esta severa censura:

«—Malo y negligente siervo, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí; por tanto, te convenía dar mi dinero á los banqueros, y viniendo yo, hubiera recibido lo que es mío con usura.»

Ya lo sabéis, Jesucristo, según Mateo, lo declara terminantemente: poned vuestra inteligencia, vuestra actividad, vuestra vida entera al servicio de un amo, puesto que al trabajador le llama siervo y al burgués señor, y cada uno de vosotros duplicad la parte que de lo suyo os confía, dadle lo suyo con usura, notad bien esta circunstancia, *con usura*, porque de lo contrario, oíd lo que dice el inspirado evangelista:

«Al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; ¡allí será el lloro y el crujir de dientes!»

Los burgueses, generalmente, no leen el *Evangelio*, otra faena tienen; por ejemplo, la digestión y la combinación incessante de sus interminables placeres; pero si alguno topa con el capítulo XXV de Mateo, de seguro dirá:—«Los siervos de los cinco y de los dos talentos son modelo de buenos obreros; éstos duplican el caudal del amo, ahorran, confían en la armonía del capital y el trabajo, tienen bula, y no cabe duda que en estos tiempos de democracia y sufragio universal votarán los legisladores que han de tirar del ramal autoritario. El otro, el de un talento, es un anarquista, bien se le conoce en el amo.»—¡Cómo respolará de gusto el burgués lector de la Biblia cuando llegue á este pasaje:

«¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles!»

De modo que, según Mateo, que escribe inspirado por el Espíritu Santo, y por tanto, nos da la palabra auténtica de Jesucristo, es buena la explotación del hombre por el hombre, es lícito el negocio usuario y no puede tolerarse que un siervo, en vez de emanciparse de la servidumbre, como quizá podría hacerlo usando del capital que se le confía y que abusivamente posee el amo, se lo devuelva íntegro, aunque permitiéndose la libertad de calificarle con recto juicio.

Cuando se leen estas cosas en un libro santo, cree uno tener á la vista una encíclica del papa acerca de la cuestión social, una pastoral episcopal, una circular gubernativa, un discurso de propaganda política dirigida á los obreros ó uno de esos artículos con que los llamados obreros de la inteligencia se dignan difundir sus luces para uso de los obreros manuales.

A la distancia de veinte siglos el burgués del *Evangelio* se parece como un lobo á otro lobo al burgués moderno: quitad á aquél la túnica, el manto y el turbante; dadle una levita y demás accesorios, y ponede en un escritorio, en la bolsa, en el casino ó en el *bowdior* de la horizontal favorita y tendréis un burgués perfecto, de esos á quienes se les pone piel de gallina cuando oyen hablar de huelgas, y azusan á los gobiernos á que publiquen una cruzada contra las demasías proletarias.

De este punto, en que radica lo que pudiéramos llamar el *Evangelio* del día, resulta lo más fundamental del libro sagrado: la sumisión del oprimido al opresor.

No importa que en otro pasaje se lea lo del camello y la aguja, porque eso, que al fin no es más que una contradicción evangélica, se halla también destruido por estas palabras que el mismo Mateo atribuye al Mesías: «Siempre habrá pobres entre vosotros.»

El privilegio preponderante, la humillación enaltecida, y de estas dos ideas que la razón rechaza se forma una alegoría para darnos idea de lo que es el reino de los cielos, que se nos propone como ideal; que lo acepte el que carezca de sana razón, el hipócrita que tribute más res-

petos á la rutina que á la justicia, el que se sienta adulado en sus concupiscencias de privilegio, que el honrado y digno trabajador no pueda hacer más que condenarlo.

ANSELMO LORENZO

## ¿Por qué no somos republicanos?

IX

Continúa el manifiesto de los obreros alcoyanos:

«Y por último en Alcoy se declaró una huelga general de todos los oficios en demanda de aumento de jornal y reducción de horas de trabajo. El alcalde, que conocía perfectamente el objeto de la huelga, dió la seguridad de que permanecería neutral, á fin de que obreros y patronos pudieran entenderse libremente. El mismo día, y á consecuencia de conferencias con algunos fabricantes, publicó una hoja insultando y calumniando á los obreros y poniéndose al lado de algunos fabricantes, destruyendo el derecho y la libertad de los huelguistas y provocando un conflicto.

Sin embargo, los obreros de Alcoy, sorprendidos de semejante cambio, tan brusco como incalificable, nombraron una comisión de su seno para manifestar al Ayuntamiento que si no estaba dispuesto á conservar una completa neutralidad en los pacíficos asuntos de la huelga, conforme había manifestado y prometido, lo conveniente á fin de evitar un conflicto, era que se presentase la dimisión de su cargo, pues que la incomprensible conducta de la autoridad había producido una grande é inevitable efervescencia. Inútiles fueron las razones y explicaciones de la situación que la comisión hizo, pues al salir ésta por las puertas de la casa consistorial, los dependientes de la autoridad hicieron una descarga, hiriendo y asesinando á varios trabajadores que, en actitud pacífica, se paseaban por la plaza de la República.

Los provocadores, poseionados de los puntos estratégicos de dicha plaza, continuaron su mortífero fuego contra el pueblo desarmado que, en la necesidad de repeler la fuerza con la fuerza, corrieron en busca de armas con que contestar á tan brutal agresión.

Veinte horas duró la lucha. Varios trabajadores han muerto defendiendo sus derechos hollados y pisoteados por los republicanos federales, y algunos otros quedarán inútiles para el trabajo á consecuencia de sus heridas, y si bien no es posible todavía precisar el número de los unos ni de los otros, puede calcularse que no serán más de 10 entre muertos y heridos.

De los provocadores no pasarán de 15 entre unos y otros, y todos ellos durante el combate, puesto que después del asalto de los puntos donde estaban parapetados, ni siquiera el más pequeño insulto se dirigió á ninguno de los que habían hecho armas contra el pueblo.

Medidas extremas fueron precisas respecto de cinco ó seis edificios; pero entendiéndose bien que sólo se hizo porque desde ellos se hacía un nutrido fuego á los trabajadores.

Personas y propiedades han sido respetadas, y hubiera habido que lamentar la pérdida de menos seres si el alcalde ALBORS, al decir que se rendía, no hubiese sido un engaño que produjo la muerte de los que fueron á penetrar en el Ayuntamiento creyendo sinceras tal» palabras, y si el alcalde no hubiese hecho uso de un revólver disparando dos tiros sobre los que se apoderaron de su persona.

Seres arrojados por el balcón, curas ahorcados de los farolitos, hombres bañados en petróleo y asesinados á tiros en la huida, cabezas de civiles cortadas y pisadas por las calles, incendio premeditado de edificios, quema y destrucción del edificio del Ayuntamiento y violación de niñas inocentes, todas estas patrañas son horribles calumnias, dignas sólo de la lengua de un ministro de la clase media y de la prensa burguesa, que de todo esto, sin duda, se consideraran capaces.

Las supuestas coacciones ó presión ejercida en los mayores contribuyentes para que éstos hicieran recaer la responsabilidad de los hechos sobre las autoridades y declarando que la conducta de los trabajadores permitía todo lo digno que las circunstancias permitían, es una mentira más, pues que lo han hecho libre y espontáneamente y de ningún modo violentados.

PROTESTAMOS de las calumnias lanzadas contra nosotros en el Congreso; protestamos de las que la prensa ha publicado, y si bien somos los primeros en lamentar la necesidad de estas catástrofes, lo hemos dicho, y lo repetimos: en el camino de las violencias, el solo responsable es el que da el primer paso.

Como internacionales, no nos cansaremos de repetir, nada de común tenemos con los partidos políticos y, por consiguiente, ninguna participación nos cabe en sus miserias ni en sus luchas; pero como hombres estamos dispuestos á defender nuestros derechos con todas nuestras fuerzas y siempre que se vean atacados por quien quiera que sea.

Lo repetimos: la conducta de los trabajadores de Alcoy será el ejemplo de la que procuraremos seguir siempre que á hacerse imposible á consecuencia de los abusos de las autoridades.

Pero es preciso que lo entendiáis bien; los obreros hacen poco caso de nombres y promesas; sólo esperan y juzgan la conducta y los hechos de los hombres y las colectividades y cuando éstas son reaccionarias protestan de ellas, como hoy protestamos nosotros de los ataques á la libertad y al derecho, y de las calumnias de los ministros y la prensa del partido republicano federal.

Alcoy, 14 de Julio de 1873.

La Comisión Federal de la Región Española de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Este documento fué copiado por toda la prensa internacional y por casi toda la prensa burguesa. Todas las federaciones locales y el Congreso Internacional celebrado en 1874, aprobaron